

# CENTRO

DE LA IMAGEN

014



El fracaso de la guerra contra las drogas se mide en víctimas: tan sólo en México han muerto asesinadas cerca de trescientas mil personas y más de ochenta mil continúan desaparecidas desde 2006.

Los gobiernos del mundo gastan cien mil millones de dólares al año en políticas prohibicionistas —un cuarto del total es el presupuesto de Estados Unidos para el combate contra las drogas en América Latina—. Las cárceles de nuestra región están saturadas de personas que se dedican a la venta al menudeo o que consumen sustancias, y de campesinos y campesinas.

El valor de las drogas aumenta a medida que el producto se acerca a quienes compran para consumirlo. Cada kilo de goma de opio que los campesinos mexicanos venden a 780 dólares cuesta cincuenta mil dólares, una vez convertido en heroína y colocado en las principales ciudades de Estados Unidos. Cada kilo de cocaína o marihuana que sale de las zonas rurales puede multiplicar hasta quinientas veces su valor cuando llega a los consumidores finales. El grueso del dinero queda en manos de grupos criminales, blanqueadores, funcionarios y policías corruptos. El mayor porcentaje de esas ganancias se maneja desde los países de destino final.

El objetivo planteado en 1971 por Richard Nixon cuando anunció el comienzo de la guerra contra las drogas, ha estado lejos de cumplirse. A cincuenta años de aquel discurso, hay más de trescientos millones de consumidores de sustancias ilegales en el planeta.

Drogas - Políticas - Violencias (DPV) es una investigación multiplataforma dirigida por Fundación VIST, para plantear una nueva mirada sobre las políticas de drogas y sus consecuencias en América Latina. Fotógrafos, artistas, periodistas, escritores y científicos se suman para construir una narrativa distinta al discurso dominante en el último medio siglo.

DPV nace ante la necesidad de hacernos preguntas nuevas para obtener respuestas diferentes sobre unas sustancias que están mucho más rodeadas de mitos que de saberes. En esta muestra trabajamos sobre tres sustancias: la marihuana, la coca y sus derivados, y la amapola y sus derivados.

Para ello hemos mirado a los campesinos de las sierras mexicanas y a la regulación del cannabis en Uruguay; a los rostros de los coccaleros en la selva boliviana y de los cultivadores de cannabis en el monte paraguayo; a la violencia de las organizaciones armadas y al negocio de los policías y funcionarios corruptos; a las consecuencias geopolíticas del prohibicionismo y el narcotráfico. Y seguiremos ampliando la mirada para entender la complejidad del fenómeno más allá de los estereotipos.

Varios de los proyectos aquí presentados son el resultado de las becas del Fondo para Investigaciones y Nuevas Narrativas sobre Drogas, que surge de la alianza entre la Fundación Gabo y Open Society Foundations.

Desde VIST proponemos nuevas narrativas para tender puentes y entender los distintos fenómenos que se dan a lo largo de la cadena de producción y consumo de las drogas. Fomentamos diálogos creativos entre investigadores, líderes de opinión, periodistas, agentes culturales y la sociedad civil. Generamos relatos profundos para encontrar nuevos sentidos. Cambiamos el punto de vista.

Queremos brindar información clara, oportuna y con base científica para que la sociedad tenga una discusión más informada sobre las políticas de drogas que afectan nuestra realidad cotidiana.

Después de medio siglo escuchando el mismo discurso, creemos que es hora de contar una nueva historia. Una que no sólo mire nuestra región desde el prohibicionismo, el estigma y la violencia. Una historia más humana para que las políticas sobre drogas también lo sean.

The failure of the War on Drugs is measured in victims: just in Mexico, since 2006 nearly 300,000 people have been killed and more than 80,000 have disappeared.

The world's governments spend \$100 billion a year on prohibitionist policies; a quarter of that amount is the U.S. drug budget for Latin America. The prisons in our region are overcrowded with drug dealers or drug users, as well as with peasant men and women.

The price of drugs increases as the product gets closer to its end consumers. Each kilo of opium gum that Mexican farmers sell for \$780 costs \$50,000 once it becomes heroin and it is available in major U.S. cities. Each kilo of cocaine or marijuana that leaves rural areas can multiply up to five hundred times its value by the time it reaches end users. The bulk of the money remains in the hands of criminal groups, money launderers, corrupt officials, and police. The largest percentage of these profits ends up in the countries of final destination.

The goal set out in 1971 by Richard Nixon when he announced the beginning of the War on Drugs is far from being achieved. Fifty years after that speech, there are more than three hundred million consumers of illegal substances on the planet.

*Drogas - Políticas - Violencias* (Drugs - Policies - Violence) —DPV— is a multi-platform research led by VIST Foundation to take a new look at drug policies and their consequences in Latin America. Photographers, artists, journalists, writers, and scientists join forces to construct a narrative different from the dominant one in the last half century.

DPV was born out of the need to ask ourselves new questions in order to obtain different answers

about substances that are surrounded by myths rather than by knowledge. In this exhibition we delve into three substances: marijuana; cocaine and its derivatives; and poppy and its derivatives.

To this end, we have taken a look at the peasants of the Mexican *sierras* and the regulation of cannabis in Uruguay; at the faces of coca growers in the Bolivian jungle and cannabis growers in the Paraguayan bush; at the violence of armed organizations and the business of corrupt police and officials; at the geopolitical consequences of prohibitionism and drug trafficking. And we will continue to broaden our perspective with the purpose of understanding the complexity of the phenomenon beyond stereotypes.

Several of the projects presented here are the result of grants from the New Narratives on Drugs Investigative Journalism Fund, a partnership between Gabo Foundation and Open Society Foundations.

From VIST we propose new narratives to build bridges and understand the different phenomena that occur along the chain of drug production and consumption. We foster creative dialogues between researchers, opinion leaders, journalists, cultural agents, and civil society. We prompt profound stories to find new meanings. We change the point of view.

We want to provide clear, timely and scientifically based information so that society can have a more informed discussion about the drug policies that affect our daily reality.

After half a century of listening to the same narrative, we believe it is time to tell a new story. One that does not only look at our region from the perspective of prohibitionism, stigma, and violence. A more humane story so that drug policies can be so to the same extent.



@ALEJANDRA RAJAL, MÉXICO



Histórico: movilización en las calles y festejo en el Senado, luego de la aprobación del proyecto que legaliza el uso recreativo de la marihuana en México.



# D-P-V- LA GUERRA FALLIDA

DROGAS-POLÍTICAS-VIOLENCIAS

# ¿ES POSIBLE PARA MÉXICO VIVIR EN PAZ CON LAS DROGAS?

México puede desarrollar una relación distinta con las plantas y sustancias psicoactivas declaradas ilícitas, a partir de un cambio de narrativa hacia una política respetuosa de los derechos humanos, con enfoque en salud pública, justicia social y reparación de los daños causados por la prohibición.

En los últimos cien años, el Estado mexicano ha apostado por vetar las plantas y sustancias psicoactivas (con excepciones como la cafeína, el alcohol y el tabaco) desde una estrategia de persecución penal y militarización de la seguridad pública. Esta estrategia se ha guiado por discursos morales que ignoran la evidencia científica sobre los efectos, usos y propiedades de las drogas, así como la realidad e historia nacional como país productor y de consumo.

Lo anterior se ha endurecido en los últimos 15 años a partir de que México recrudesció su estrategia bélica sumándose a la “guerra mundial contra las drogas”. Esta estrategia ha desatado una espiral de violencia y causado graves violaciones a derechos humanos, que incluyen más de 300,000 personas

asesinadas, más de 86,000 personas desaparecidas y más de 345,000 personas en situación de desplazamiento interno forzado. La violencia exacerbada de los últimos años ha permitido el fortalecimiento de redes de corrupción, el control territorial por parte de cientos de grupos criminales y la limitación de la presencia estatal en las zonas más afectadas a través de las Fuerzas Armadas.

Asimismo, la “guerra contra las drogas” se ha traducido en una política de reclusión masiva y criminalización de las personas que las usan, de la población que las cultiva y de aquellos pequeños actores del mercado ilícito: la gente dedicada al trasiego y venta al menudeo. Estas personas no forman parte de las estructuras criminales transnacionales y su detención no las debilita; sin embargo, el sistema de justicia penal se ha enfocado en su persecución y sanción.

El sistema de prohibición ya no es sostenible. Organismos internacionales de protección de Derechos Humanos han evidenciado la importancia

de abandonar la política y la narrativa bélica en México. Asimismo, la Suprema Corte de Justicia de la Nación ha interpretado el uso de drogas a partir del libre desarrollo de la personalidad y la relevancia de una perspectiva de salud pública frente a los diversos tipos de consumo. La evidencia científica producida en los últimos años nos obliga a imaginar una política distinta que cambie la forma en la que el Estado se aproxima a las plantas y sustancias psicoactivas y regula sus mercados.

México ya ha implementado estrategias alternas. A finales del Siglo XIX, era obligatorio que farmacias y boticas tuvieran disponibilidad de cannabis, opio y cocaína y sus derivados. En esos tiempos, se discutía la importancia de regular la venta de estas sustancias con un enfoque de salud pública. No fue hasta la década de 1920 que se comenzó a prohibirlas y a perseguir a quienes se relacionan con ellas. Sólo veinte años después nuestro país buscó un cambio de paradigma, porque ya comenzaba a experimentar los efectos negativos de esta política. En 1940 se creó un modelo inédito de aprovisionamiento de sustancias, hoy prohibidas y criminalizadas. Las personas podían acceder a recetas controladas de sustancias como la heroína, la morfina, la cocaína y el cannabis. Este modelo duró un tiempo breve, tan solo cinco meses, pero dio resultados positivos.

Además, cuenta con una larga historia de siembra de plantas como cannabis y amapola, sin generar los daños que hemos experimentado durante los años de la militarización de la seguridad pública bajo la justificación de un combate frontal contra el crimen

organizado. El cultivo de las plantas psicoactivas se realizaba en conjunto con el de otras plantas y, principalmente, para la exportación a otros países.

Durante los últimos años, en México y en otros países de la región se han explorado diversas alternativas a la prohibición, en reconocimiento de las graves consecuencias que ha producido en nuestro país. Actualmente, la regulación de la cannabis para uso adulto se encuentra en discusión en el Congreso y su uso medicinal se ha aceptado. Hasta el momento, han sido presentadas por lo menos cuatro iniciativas para la regulación de la amapola con fines medicinales. Asimismo, un Juez de Distrito reconoció que es posible hacer un consumo responsable de LSD.

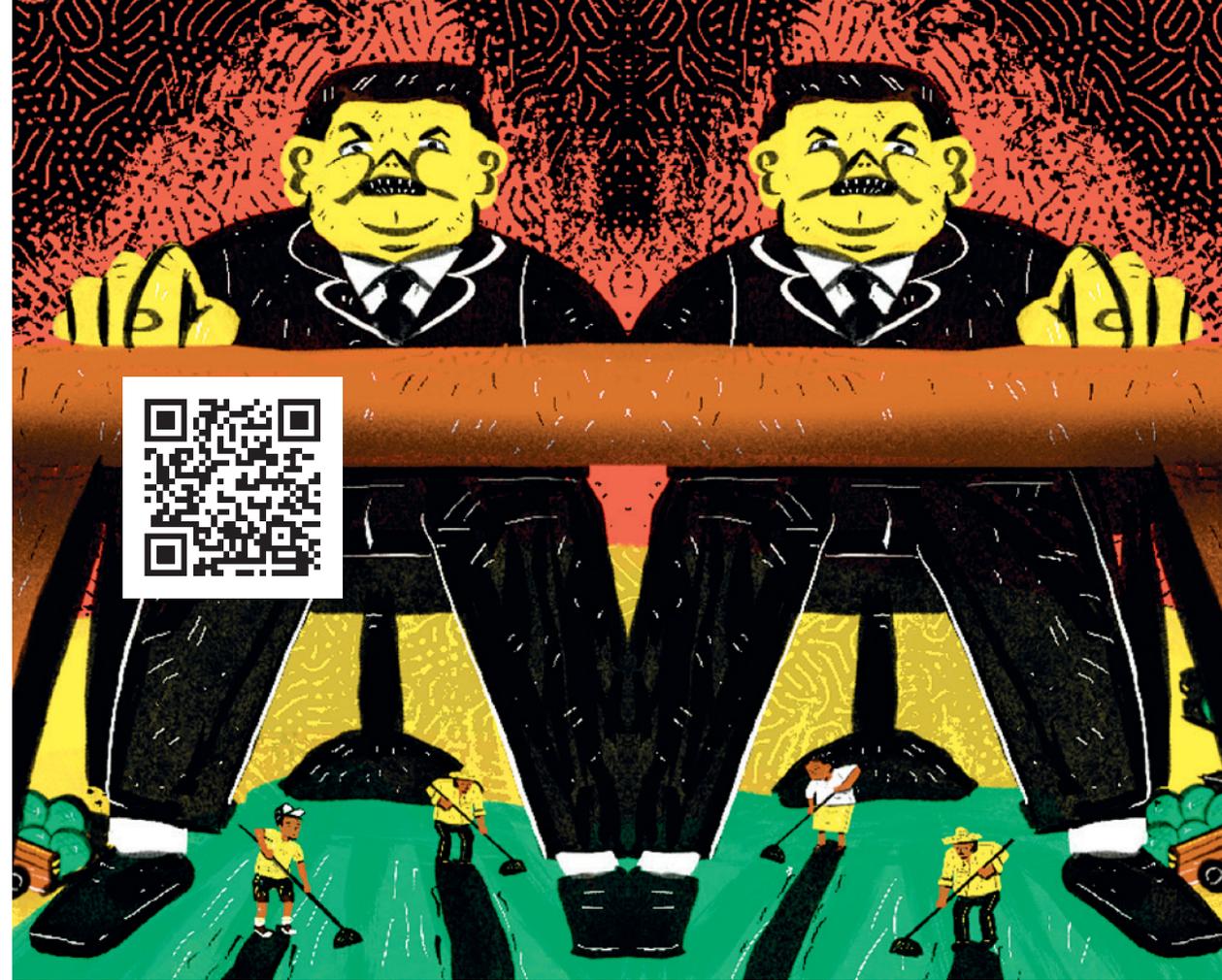
Aún persisten obstáculos para que las políticas en materia de drogas verdaderamente tengan como prioridad la evidencia científica, la protección de los derechos humanos y la reparación de los daños causados por la política prohibicionista. Sin embargo, México cuenta con su experiencia y la de otras regiones para imaginar nuevas formas de relacionarnos con las plantas y las sustancias psicoactivas.

Es momento de imaginarnos alternativas al prohibicionismo para diseñar e implementar políticas diferenciadas por sustancia, de acuerdo a sus efectos, usos y riesgos, reconociendo la realidad de las comunidades que se relacionan con ellas y poniendo al centro el bienestar de la ciudadanía. Poco a poco iremos avanzando en desprendernos de los miedos que el sistema prohibicionista inculcó en nuestras sociedades y aprenderemos que sí es posible vivir en paz con las drogas.

ELEMENTA DDHH, A.C.  
EQUIS JUSTICIA PARA LAS MUJERES  
HACIA LA VIDA DIGNA PARA TODAS LAS PERSONAS, REVERDESER COLECTIVO, A.C.  
INSTITUTO RIA, A.C.  
MÉXICO UNIDO CONTRA LA DELINCUENCIA, A.C.  
NORIA RESEARCH, A.C.



La marihuana más allá del lugar común: una planta que forma parte de la vida cotidiana de millones de personas, Cooperativa SUB, Argentina.



## CONSUMO ILUSTRADO

Historias íntimas  
sobre drogas  
en América Latina

Un médico que experimenta con diferentes sustancias, una comunicadora que usa LSD, un cantante de rap que estudia derecho y consumía *crack*, una madre que usó heroína cuando perdió a su hijo, un funcionario público que vende marihuana en su tiempo libre. Quizás sus historias no son las que acostumbras escuchar cuando se habla de drogas. Esta es una invitación a asomarse a sus vidas cotidianas para descubrir que no son tan distintas a cualquier otra.

UNA COLABORACIÓN DE VIST PROJECTS + DROMÓMANOS + EL SURTI

# — APRENDER A HABLAR —

EDUARDO RUIZ SOSA

Ha sido, ahora lo pienso así, una discordancia entre velocidades. Acaso entre los tiempos, esa necesaria panorámica que promete ofrecernos una perspectiva, la sanación de los dolores, el olvido de las heridas, y que nos amenaza, incluso, con la intriga del perdón. Cuando pienso en las posibilidades de escritura en torno al narcotráfico hoy en día, y sobre todo en torno a la violencia del narcotráfico y la corrupción tal y como se viven en Culiacán, en Sinaloa y, a la larga, en casi todo México, me vienen a la mente representaciones maniqueas, limitadas caricaturas de bandidos ennoblecidos por la venganza asimilada como justicia, escenarios de cartón piedra que no dan cuenta de la hondura de una realidad que va mucho más allá de la idiosincrasia, las notas periodísticas escandalosas de diarios impresos y digitales que lucran con la sangre, y la celebración superficial de una identidad cimentada en la adopción de la violencia y de sus expresiones culturales. Pocos han sabido escribir y representar el desastre mexicano. Pienso en Javier Valdéz, asesinado. En Miroslava Breach, asesinada.

Los muertos cabalgan deprisa, escribió Gottfried Bürger. Pero, ¿cómo nos enfrentamos a esa velocidad?

Durante mi infancia, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, el tráfico de drogas no era una novedad ni un misterio: rondaba el siglo de edad y había cobrado numerosas formas de expresión y gestión interna, variadas formas de relación con el poder político y económico y múltiples influencias en la cultura. Aquellos fueron los años en los que la violencia y su inmediatez comenzaron a cabalgar en

las calles de las ciudades, a la luz del día, sin pudores ni riendas. Una de las respuestas del gobierno, la más mediática que recuerdo, fue una campaña en contra de las armas de juguete.

Anuncios gigantescos, publicidad en la radio y la televisión, carteles, calcomanías, camisetas y enormes desplegados en las páginas de los periódicos mostraban la imagen de dos niños que se apuntan mutuamente con sendos revólveres, cruzados sus cuerpos, siluetas negras de carne blanca, por una franja roja que prohibía los juguetes bélicos.

Les llamaban centros de acopio: eran carpas en las plazas, en los centros comerciales, en el edificio del ayuntamiento y del gobierno del Estado, largas mesas que servían de frontera para el intercambio (como si fuera una metáfora del tráfico de armas y drogas en las fronteras del país): de un lado, las familias llevaban a sus hijos para que entregaran las armas: como revolucionarios vencidos, como deponiendo una rebeldía con sentido y oficio, como huestes de una milicia futura; del otro lado, los que recibían las armas y las colocaban en enormes contenedores que parecían diseñados para la exposición (como un adelanto de la estrategia del Estado en años posteriores, con las escandalosas capturas de “grandes capos” del narco, exponiéndolos en todos los medios masivos, trofeos de una cacería que poco a poco se tornaba un espectáculo público): armazones de metal recubiertos por grandes bolsas de plástico, transparentes, para ostentar el arsenal decomisado, las armas falsas que los niños entregaban a cambio de juguetes de otra

naturaleza: pelotas, cuerdas para saltar, cochecitos, muñecas. Contrario a lo que aquella campaña fantaseaba, mi generación y las siguientes se convirtieron en los primeros ejércitos masivos del narco.

Hubo otras campañas que se consagraban a la idea (muy popular en Estados Unidos durante aquellos años de la presidencia de Reagan) de que la responsabilidad del problema recaía únicamente en los consumidores (el capitalismo es así, funda su poderío en la existencia de consumidores y los convierte en responsables de los excesos que después los destruyen): en esas campañas había dos elementos recurrentes: primero era imprescindible “decir no”, a las armas, a las drogas, al sexo, a los adultos sospechosos que probablemente se acercaban a los niños con intenciones nocivas; y después, el otro elemento recurrente de aquellas “campañas de prevención”: casi en todas ellas los responsables de “decir no” eran niños y niñas, adolescentes como mucho. A día de hoy puede verse el eco de esas campañas en la forma en que públicamente son tratados casi todos los casos de agresiones de cualquier tipo contra las mujeres: responsabilizar a la víctima del daño padecido, o de la posibilidad de ponerse en peligro, al menos. Lo otro, ese ogro sin rostro, esa abstracción que ofrecía drogas, que secuestraba, que abusaba sexualmente, era definido como un ente intangible, algo imposible de combatir desde cualquier otra instancia que no fuera la responsabilidad infantil, tan sencilla, de decir no.

No es un descubrimiento suponer con un paso más allá en el proceso evolutivo de la esclavitud que la última instancia del matrimonio político-económico del neoliberalismo es la de un consumidor culpable de sí mismo. No responsable, sino culpable. (Culpable por no saber negarse al incesante estímulo y amenaza de ser parte de una sociedad que define a sus individuos por lo que pueden o no pueden consumir). Esas campañas de prevención son la esencia de un sistema político y cultural que impone el consumo, cualquier forma de consumo, y que condena y abandona a aquellos a los que el propio consumo absorbe y destruye. Las medidas de muchos Estados con respecto a la llamada “lucha contra las drogas” han sido de esta

naturaleza. Una vez que ese enjambre de consumidores alienados se encuentra en el callejón sin salida de la pobreza, la enfermedad y la exclusión, la medida cambia y se convierten en objeto de persecución, encarcelamiento y aniquilación. La “lucha contra las drogas” condujo, pocos años después, a la “lucha contra el crimen organizado”.

En México, este proceso ha tomado unos veinte o veinticinco años. Puede parecer un periodo largo, pero la voracidad de los cambios ha sido, en realidad, notablemente veloz. ¿Cuál ha sido nuestra reacción? Un asombro lento, creciente, un miedo que fue modificando poco a poco la forma de relacionarse, de salir a la calle, de construir espacios para vivir (es la época del comienzo del apogeo de las urbanizaciones cerradas y vigiladas), es decir, nuestra reacción fue la adaptación. Y la adaptación, estrictamente, es un lento sálvese quien pueda.

Poco después de las campañas en las que se nos enseñaba a decir no, llegó la estrategia, o la promesa, que cifraba la resolución del “problema de las adicciones y la violencia” en la educación y la cultura. Pero educación y cultura entendidas dentro del mismo marco referencial del mercado: producción y consumo. El efecto lento, a pesar de las campañas mediáticas, nunca podría equipararse a la ráfaga instantánea en la que los poderes bélicos del narcotráfico pueden revolver el precario orden cotidiano: el 17 de octubre de 2019, luego de una operación militar fallida, la ciudad de Culiacán fue sitiada por una horda de sicarios que paralizó, en un abrir y cerrar de ojos, la vida de poco más de un millón de habitantes.

El combate contra las drogas es una abstracción. O una especie de lucha contra el otro-yo del sistema político y social, no sólo el de México, sino el de cualquier país. Quiero decir que la otra cara, ese otro-yo del sistema económico-político-social-cultural, es el eco del consumo. La reverberación del consumo. La llamada guerra contra las drogas, o guerra contra el narcotráfico, o contra el crimen organizado, no es otra cosa que una guerra contra los pobres. Contra lo que la sociedad de consumo considera como un residuo. Nunca ha sido una guerra contra la pobreza, sino

contra los individuos que, viviendo en la pobreza, en la visión de un futuro cancelado de antemano, conforman el grueso de los llamados cárteles de la droga: el ejército, la carne de cañón, los punteros, los halcones, los sicarios, los que en esas representaciones cursis, maniqueas y superficiales del narco en los libros y en la pantalla son apenas un puñado de extras, intérpretes de relleno que mueren en el primer tiroteo. El narco sería una suerte de guerrilla o de ejército paramilitar del neoliberalismo. La legalización del consumo no es sino la legitimación de un mercado que es desde hace mucho parte fundamental de la economía sumergida del país. Resultaría necesaria, sí, pero es una entre una larga serie de instancias complementarias que es casi imposible enlistar, y que irían desde el sueño del final de la corrupción y la impunidad hasta la desaparición de cualquier desigualdad social. Ni la legalización es la única respuesta posible ni la educación es el pilar que tanto se ha presumido.

Desde los iniciales trasiegos del opio cosechado en la sierra y que era enviado a los Estados Unidos con destino al cuerpo mutilado de los que regresaban de las guerras, hasta el contemporáneo paso de las drogas de diseño, el gran misterio del consumo reside en los países receptores de las mercancías. La legalización es indispensable en ambos lados de la frontera, tanto ahí donde se produce como ahí donde se consume. No obstante, el proceso no es tan sencillo. No sería descabellado pensar en los dilemas sociales y jurídicos que la legalización traería, semejantes a los procesos de negociación de paz en contextos de guerra civil, como los de El Salvador o Colombia, por citar un par solamente. Si esto es una contienda bélica parecida, ¿los miembros de las organizaciones de tráfico serían, después de la legalización de la venta y el consumo, antiguos criminales de guerra? ¿Serían propicios, o indispensables, el indulto o la amnistía? ¿Cómo nos enfrentamos a un proceso de heridas abiertas, y de configuración del perdón, ante miles de desaparecidos, pueblos arrasados, fosas clandestinas?

La retórica, entonces, también es parte del problema. Las guerras, al menos en el imaginario, en el relato superficial, tranquilizador y casi cinematográfico, en la

historia cómoda que define y enaltece a una comunidad, tienen un detonante inicial preciso (el asesinato del archiduque como el único chispazo de arranque de la Primera Guerra Mundial) y un final concreto que cierra el periodo y ofrenda la paz (la llegada de los Aliados, el suicidio de Hitler, etc.), y es por ello que cuando se usa esa retórica en el contexto del narcotráfico, el reduccionismo hace pensar que todo comenzó con una causa única y, por tanto, ha de tener una sola solución. Un engaño. Una retórica equívoca en todos los sentidos. Porque la historia sigue avanzando, rizomática, barroca, llena de volutas y voluptosidades, y ni la última muerte en las trincheras ni la firma del tratado de paz ni el regreso de las tropas pone fin a los alcances del caos de la violencia.

¿Es imprescindible cambiar la retórica para aproximarse a la situación de una manera más desengañada? Así lo creo. Es una de las grandes lecciones del feminismo contemporáneo, que se ha dado a la tarea de renombrar y combatir la retórica que hace a la víctima responsable de su propia muerte. La misma retórica moral que hace del consumidor consumido, culpable de su exclusión y aniquilación. Hemos llamado “lucha contra las drogas” y “lucha contra el narcotráfico” a los procesos sociales recientes en México y en muchos otros países, creyendo en que se trata de procesos acotados que llegarán a su fin en algún momento. Pero, como escribió Roberto Juarroz, “No tenemos un lenguaje para los finales”, ni para el final en sí ni para lo que vendría después del final de un determinado proceso. Por eso pienso en lo que el poeta argentino dice: “Quizá un lenguaje para los finales/ exija la total abolición de los otros/ lenguajes,/ la imperturbable síntesis/ de las tierras arrasadas”.

La mediatización de las “guerras” contra las drogas y contra el narcotráfico ha convertido todas sus manifestaciones en espectáculo. En lenguaje de espectáculo. Un lenguaje que adormece y que simplifica o directamente tergiversa las complejas relaciones en las que, por ejemplo, habríamos de considerar como víctima también a esos jóvenes, tantísimos, que conforman, por diversas razones, el entramado bélico del narcotráfico. Es habitual, todavía, cuando sucede un

asesinato, cuando una persona es desaparecida, que entre los que escuchan la noticia se haga presente la revictimizadora pregunta: “¿En qué andaría metido?”. Así se culpa a los muertos de su propia tragedia. Y los vivos siguen adelante, hasta cierto punto, ajenos, creyendo que el peligro no habrá de alcanzarlos porque ellos no se han metido en nada, no le deben nada a nadie, son ciudadanos ejemplares y respetables, y esas cosas no le suceden a la gente buena.

La velocidad de la retórica nos ha arrastrado. Los acontecimientos cabalgan y solamente el afán reduccionista ha podido cerrar un poco las distancias, a costa de simplificar, confundir y endosar las responsabilidades a quienes han sido arrollados, alienados, aniquilados. Las respuestas cimentadas en la educación y la cultura, aunque loables, no pueden alcanzar las magnitudes de los sucesos, y su capacidad de reacción, muchas veces, casi siempre, ha sido insuficiente. Pero, recordando a Juarroz, hay una importancia en prestar atención a los nombres.

En una entrevista entre Sandra Luz Hernández y Javier Valdéz (hoy un diálogo imposible, ambos asesinados en 2014 y 2017 respectivamente), cuando el proyecto de buscar fosas clandestinas en la sierra y en los desiertos ya comenzaba a cobrar forma, el periodista escuchaba cómo Sandra Luz le explicaba la forma en que acudían a ciertos predios en las afueras de algunos pueblos para desenterrar cuerpos, con la esperanza de encontrar a los hijos, hermanos, padres, desaparecidos. Cuando escuchó el relato, Javier insistió: ¿Cómo hacen para encontrar las fosas? Las buscamos, las rastreamos, fue la respuesta de Sandra Luz. Entonces, dijo Javier, son unas rastreadoras. El nombre, vigente hasta hoy, se ha convertido para mí en el principio de una forma de resistencia no sólo contra el olvido, sino contra esa retórica enquistada: cuando una de las mujeres que busca, por ejemplo, a su hijo, y después de meses o años lo encuentra, es decir, encuentra los restos, los fragmentos, las últimas costras de la vida amada, no renuncia al grupo, sino que se mantiene en la búsqueda de los otros desaparecidos con el ahínco y la desesperación tales como si se tratara del propio. Devolverle el lugar en el mundo

a los desaparecidos, devolverles el nombre a esos cuerpos, no dejar que se borren en el manotazo de la violencia, es una labor imprescindible de los diversos grupos de rastreadoras.

Lo que veo aquí es el comienzo de una comunidad que intenta conservar el nombre de los ausentes, de *lo* ausente. Renegar de la retórica simple, de las representaciones superficiales, y construir un lenguaje que no reduzca a bandos en una guerra a los millares de asesinados, desaparecidos, desplazados y afectados por la violencia.

A veces, contradictoriamente, pienso que sí, que en México se vive una guerra civil. O algo parecido a una guerra de guerrillas. Es fácil sucumbir a los embates de la retórica colectiva. Pero entonces recuerdo aquella campaña en contra de las armas de juguete, esa idiota ilusión de prevenir a la infancia de un futuro violento cambiando pistolas de agua por pelotas de fútbol. Hago la lista de los amigos y conocidos que, con el paso de los años, entraron en el negocio del tráfico, o del lavado de dinero, o a los ejércitos públicos o privados. No es una guerra, aunque nos hemos acostumbrado a llamarla así. Es el consumo. Es el reflejo del consumo, de un vínculo social basado en la estrategia de producir y consumir y en la aceleración constante, enloquecida, que en el frenético arrasamiento de los tiempos nos ha hecho entregar, ya no las armas de juguete, sino las palabras, el lenguaje para nombrar los dolores, las ausencias y la violencia, el lenguaje para hacer un lazo comunitario de encuentro y cooperación, el lenguaje con que, despacio, aprehendemos aquello que nos afecta.

Siempre llega tarde el lenguaje, porque la impresión nos deja mudos. Pero veo en el esfuerzo de las rastreadoras, como en otros tantos colectivos, el intento por recuperar las palabras que necesitamos. Ahí encuentro el sentido, el rumbo de un primer movimiento para renombrar y reencontrar. Porque no somos una sociedad en medio de una guerra. No somos las tierras arrasadas. Somos el lugar donde se hizo el silencio. Un silencio nuestro y de los otros. ¿Quién hay que pueda hablar así, ante el horror?

Ahora estamos aprendiendo a hablar. Lentamente.



**LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES—NICOLÁS JANOWSKI—ARGENTINA / URUGUAY**

Las plantas están aquí desde mucho antes que nosotros. Este trabajo propone reformular nuestro vínculo con ellas a través de una exploración plástica, sonora y fotográfica sobre el cannabis y el modo en que transforma las experiencias sensoriales. Se recomienda visitarlo con auriculares.



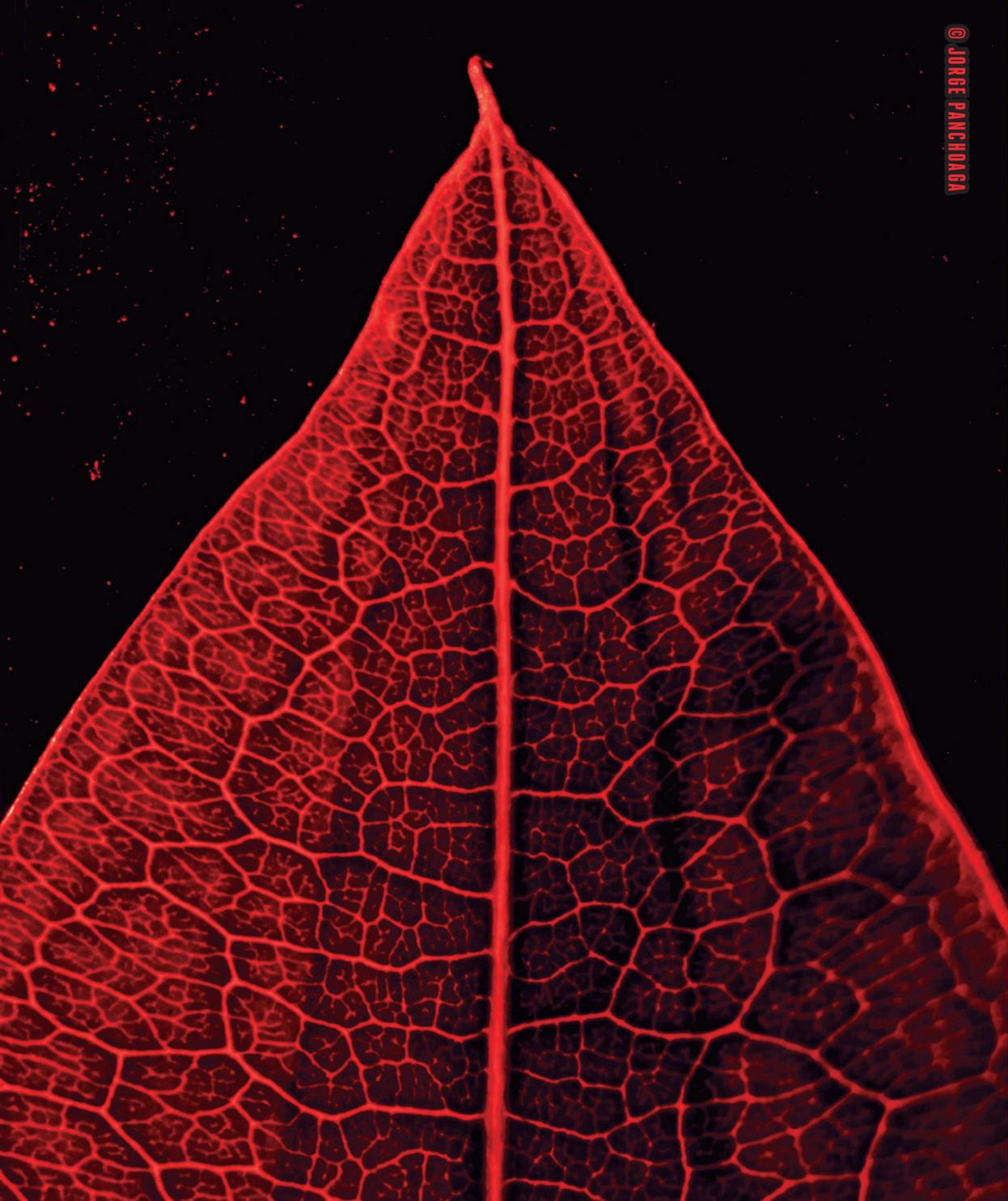
# — GHETTO DREAMERS APOSTANDO LA VIDA —

JOHIS ALARCÓN

El proyecto multimedia *Ghetto Dreamers* cuenta las vivencias de dos mujeres privadas de la libertad por tráfico de marihuana. Después de varios años de trabajar en cárceles, haciendo talleres de hiphop, grafiti, rap y teatro, la fotógrafa Johis Alarcón comenzó a documentar sus historias. “Me enfoco en cómo las familias soportan y viven la prisión, la privación de libertad y todo lo que la cárcel significa”, dice.

En Ecuador, las cárceles tienen una sobrepoblación de 41 por ciento. “El 30 por ciento de toda la población carcelaria está relacionado con delitos de drogas”, cuenta la fotógrafa. Para el grueso de ese 30 por ciento, es su único delito. Es decir, nunca han tenido antecedentes y no tienen perfiles criminales. Son jóvenes entre los 19 y los 35 años, la mayoría obviamente son mulas, transportistas o microtraficantes. El 23 de febrero de 2021, en plena crisis de COVID, se produjo la mayor masacre carcelaria de la historia del país: 79 muertos en un solo día.





@JORGE PANCHOGA

Una sustancia, una droga, se califica como moralmente buena —o mala— según el prestigio que tenga, según los buenos poemas que haya inspirado, pero, sobre todo, según quién la produzca y le saque provecho económico. Si yo produzco vino, es bueno; si tú produces cerveza o vodka, es malo. Si yo produzco whisky, es bueno; si tú produces ron, es malo. Asimismo: si yo produzco opioides, es bueno; si tú produces cocaína, es malo. Cuando los británicos producían opio en sus colonias, esta sustancia era una cosa tan buena que si el emperador de China decidía prohibir su entrada al país, se le declaraba la guerra para obligarlo a legalizar su comercio. Las “guerras del opio” del siglo XIX se hicieron para obligar a China a permitir la entrada y la venta de opio en su territorio.

La “guerra contra las drogas”, en la cual estamos enfrascados hace decenios, refleja una actitud colonial parecida, ya no de parte de la reina de Inglaterra, sino de parte del presidente de Estados Unidos[...]

[...]

Es decir: si lo que es adictivo y mata se produce en EE.UU., su producción y comercio es legal y provechoso. Pero si otras cosas que matan (aunque maten menos) se producen en Colombia o en México, entonces nosotros sí estamos obligados a declarar una guerra inútil y despiadada contra los narcos. ¿Por qué no harán más bien una guerra y una serie sobre los narcos de corbata gringos, que matan más gente que los narcos nuestros? Tal vez porque los narcos de allá son químicos de bata blanca y los de acá son campesinos de botas y sombrero.

¿Saben ustedes cuáles son los productos más letales que puede haber, y cuya exportación es perfectamente legal; y cuyos barones, industriales y magnates no pueden tener más prestigio? Hombre, muy fácil, las armas. Los fabricantes y, sobre todo, los comerciantes, intercambian cocaína colombiana por armas norteamericanas, rusas, israelíes, suecas, italianas, incluso españolas. La cocaína es ilegal, las Beretta son legales. La heroína es ilegal, las Kaláshnicov son legales. También en este caso, la ética imparcial juzga sobre los efectos dañinos de

# LA COCA, EL OPIO, EL VINO

(FRAGMENTOS)

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

unas u otras según quién las produzca. Oh, casualidad de las casualidades. Cuando la marihuana se empezó a producir con eficiencia y provecho en California y otros estados, de repente, empezó a parecer mucho menos inmoral legalizar su consumo. Si Colombia exportara metrallas producidas en Cali y más baratas que las gringas, estoy seguro de que éstas, de repente, serían armas mortales. Mientras tanto, no son más que inofensivas máquinas de defensa personal contra los facinerosos.



LEER TEXTO COMPLETO



LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS TAMBIÉN CONTAMINA—GENA STEFFENS—COLOMBIA



HOJA SAGRADA—JORGE PANCHOAGA—COLOMBIA

# ADICTOS A LA GUERRA

FERNANDA GARCÍA LAO

**No deja de resultar paradójico el hecho de pretender que se hace la guerra a las drogas, cuando históricamente las guerras se han perpetrado con ejércitos adictos a alguna sustancia.**

Desde el principio, la masculinidad disfrazó el miedo y la ansiedad por entrar en combate mediante el consumo. Y no sólo eso: las drogas también se utilizaron para dejar fuera de juego al enemigo. Los caldeos hacían humaredas de cáñamo para adormecer al adversario, con resultados inciertos. El ejército estadounidense fantaseó con bombardear a los rusos con LSD, durante la Guerra Fría.

En el siglo XX, la morfina, el opio o la marihuana se utilizaron para mitigar los traumas que venían con el delicado oficio de matarse colectivamente por alguna causa. Cocaína y anfetaminas se consumieron para evadir el cansancio y el sueño.

El valor no existe, al menos en la modalidad de estrago obligatorio, se necesita ayuda artificial: las drogas son el incentivo perfecto para entrar y salir del infierno.

## NINGÚN PARAÍSO

Las milicias de todos los tiempos se han servido de alguna sustancia para dominar el miedo y ser capaces de matar o morir. Lukasz Kamienski, en su libro *Las drogas en la guerra* se remonta a los héroes homéricos, consumidores de opio y vino; a los vikingos, con hongos alucinógenos; al papel del ron en las conquistas inglesas; a las tropas de Napoleón, fumadoras de hachís en Egipto; y, más acá, a los kamikazes japoneses con sus pastillas de asalto, es decir, metanfetamina.

Los nazis, pioneros en cuanto al suministro de anfetaminas en sus filas, para la invasión de Polonia probaron una nueva sustancia: la pervitina, que reducía el apetito y proporcionaba sensación de bienestar. Las investigaciones farmacológicas habían comenzado en 1938. En la avanzada sobre los Países Bajos y Francia, los soldados alemanes habrían recibido más de 35 millones de pastillas de pervitina y una versión modificada, el isophan. Pero el abuso en el consumo se tradujo en insubordinaciones y debió ser restringido. Las tropas, excedidas de violencia, dejaron de recibir la droga. Las pastillas se destinaron a los soldados de élite. En cuanto los británicos descubrieron que los soldados nazis portaban *pastis* se pusieron en campaña para hacer lo propio y, con la excusa de la fatiga, comenzaron a suministrar a sus

pilotos bencedrina. Estados Unidos siguió el ejemplo de Gran Bretaña. Sus pilotos, bien *puestos*, bombardearon Alemania y Japón. Las tropas terrestres le daban a la *benni*, como era familiarmente conocida la bencedrina. Los rusos, al vodka, por una cuestión económica; y para no innovar. En lugar de pastillas, miles de soldados. Sin embargo, en su enfrentamiento con el ejército finlandés, el alcohol resultó insuficiente. Aliado desde 1941 a los nazis, el gobierno finés le habría proporcionado a sus soldados 850,000 tabletas de pervitina.

## LA GUERRA ES LA DROGA

Así dice Kamienski: “El *homo furens* es un *homo narcoticus*”. La guerra del Vietnam fue “la primera verdadera guerra farmacológica”. En 1973, cuando EE.UU. retiró a sus tropas, 70 por ciento de los soldados tomaba algo: heroína, morfina marihuana, opio, etc. El ejército estableció la Operación Flujo Dorado, un análisis de orina obligatorio, para comprobar la limpieza de sus soldados antes de volver a casa.

## VIRILIDAD EN LA GUERRA CIVIL

Jorge Marco, profesor de Política e Historia españolas de la Universidad de Bath, señala que “ni el Ejército Republicano ni el rebelde administraron morfina, cocaína o anfetaminas de forma sistemática a los soldados para reforzar su desempeño en el combate”. Los motivos, además de la falta de laboratorios y de recursos, eran las polémicas: “Ambos Ejércitos asumieron un discurso moral en torno a las nuevas masculinidades que desde comienzos del siglo XX se venía difundiendo en contra del consumo de drogas, las cuales se atribuían a bohemios, aristócratas decadentes, afeminados, homosexuales y prostitutas”.

Matar no representaba ningún problema, era prueba de hombría. Pero bien *limpitos*, por favor.

## OTRA PERMITIDA

Mientras escribo estas líneas leo en todos los portales de noticias cómo se ha incrementado en el mundo el consumo de psicofármacos con motivo de la pandemia. El temor al contagio, a quedar aislado, a morir, la pérdida, la soledad y la incertidumbre se traducen en insomnio, ansiedad y angustia. El miedo no necesita receta. La automedicación y el consumo de alcohol se han disparado. En la intimidad de tu cueva ¿quién te va a prohibir que consumas? La palabra consumo nos remite a este capitalismo enfermo que padecemos. Consumes para poder consumir productos y servicios desde la claustrofobia telehabitada de tu hogar burgués.

## LO QUE NO

Concluyo: mientras los proveedores sean los laboratorios o los ejércitos, los estupefacientes no representan un problema para nadie. El asunto se complica con la fabricación y distribución privada. Cuando son otros quienes se benefician. El negocio mueve millones, lo sabemos. Pero, ¿cómo combatir aquello que se promueve? ¿Con las mismas armas?

Hacer la guerra a las drogas es una frase sin sentido. Matar para que otros no maten es una idea patafísica que no produce risa sino terror. Una tautología que no lleva a ninguna parte, salvo a dejar en evidencia su condición.



### AMAPOLA Y RESILIENCIA EN LAS MONTAÑAS DE GUERRERO—Yael Martínez—México

El estado de Guerrero es, desde la década del 70, uno de los principales productores de opio del mundo, después de Afganistán y Myanmar. ¿Cómo contar ese fino equilibrio, entre los rituales originarios de una comunidad que intenta sobrevivir y el entramado de uno de los mercados que más dinero mueven en el

mundo? ¿Cómo retratar la dulzura de los pétalos de la amapola y, a la vez, la cantidad de poros por los que puede entrar la violencia? El artista mexicano eligió, para hacerlo, el color rojo: rojo amapola, rojo sangre. “Es como si esta flor estuviera reventando de alguna forma, generando un estallido”, dice.

# UNA GUERRA QUE SE PIERDE AL SUR Y AL NORTE DEL BRAVO

DANIELA REA

En 2015 una caravana de familiares de víctimas de homicidios, secuestros, encarcelamientos y desapariciones en México cruzó a Estados Unidos para reclamar al gobierno y a la ciudadanía de ese país que asumieran su responsabilidad por las consecuencias políticas y sociales de la llamada “guerra contra las drogas”.

Su tarea en EE.UU. no era sencilla: se trataba de hacerse escuchar ante una sociedad que aprendió a mirar a través de los discursos políticos y policiacos que borran la humanidad de las personas detrás de sus muros: ilegales, *wetbacks* que vienen a quitarles sus derechos. Aprendieron a nombrarles a través de series de televisión donde las personas latinas siempre son las ladronas, las violadoras, las que venden droga; acumulaban en sus ojos y oídos siglos de historia sobre quienes habitan al sur del Río Bravo como unos salvajes que hacen sacrificios humanos y se comen el corazón de sus víctimas, que se matan entre sí, que no alcanzan a ser personas.

Pero ahí andaban las madres, las esposas, las hijas; repitiendo tercas lo que una y otra vez habían dicho a la población y a sus gobiernos; ahí andaban en plazas públicas, en foros, en esquinas, con altavoces, con gritos, con lágrimas:

Estoy aquí por el secuestro de mi hijo Gerson y el asesinato de mi hijo Alan y el asesinato de mi yerno Miguel. A Gerson lo secuestraron el 15 de marzo de 2014 en Medellín, Veracruz. Se pagó rescate y nunca lo regresaron. Su hermano Alan, de 15 años, y Miguel, de 25, fueron a buscarlo y los asesinaron. Yo después de eso tuve que salir de Veracruz, desplazada, porque las autoridades decían que mi vida, la de mi hija y mi esposo corrían peligro.

La guerra contra las drogas trae la militarización y, en vez de acabar con los cárteles, está acabando con nuestros jóvenes. Aquí hemos conocido a muchas madres que han perdido a sus hijos por la guerra contra las drogas. Me uno a ese dolor, sé lo que es perder a un hijo, queremos más educación sobre el consumo de drogas, en vez de que los estén encarcelando o matando.

MARICELA OROZCO, MÉXICO

Esas madres y familias dolientes de México se encontraron en Estados Unidos con algo que no esperaban: otras madres y familias de ese y otros países, que también intentaban hacerse escuchar, que también gritaban los nombres de sus hijos muertos o encarcelados.

Mi hija murió hace dos años. Salió de mi casa un sábado por la mañana, tomó un polvo y murió dos horas después. Era mi única hija. Supimos que tomó éxtasis en un 91 por ciento de pureza, lo suficiente para drogar a 5 o 10 personas. Desde entonces abogo para que las sustancias ilícitas sean reguladas, creo que si Martha hubiera tomado algo con la calidad y la pureza controlada, aún estaría viva.

Ella quería tomar drogas, pero no quería morir. Ningún padre quiere ninguna de las dos cosas, pero no puedes recuperarte de la muerte. Estoy aquí porque quiero que los representantes de la ONU escuchen los gritos de nuestras pérdidas. No quiero que el mundo pierda a otra Martha.

Escribí el libro *5 mil 742 días*, que son los días que mi hija vivió. Lo empecé seis horas después de que murió y lo terminé 102 días después, cuando ella habría cumplido 16 años. Es la historia de mi pérdida. Amé ser la madre de Martha y ahora estoy poniendo esta energía en asegurar que otras familias no tengan esta pérdida. Ella era estudiante, era la cuarta vez que consumía éxtasis, la suya no fue una muerte por adicción, fue una muerte por curiosidad.

ANNE-MARIE COCKBURN, REINO UNIDO

Nuestro hijo es Dylan Bassler. Tenía 21 años cuando murió por consumo de drogas, el 4 de abril de 2014. Él consumió una droga mezclada, *street oxy*, que venía combinada con fentanilo. Ese día se fue a dormir y no despertó.

El fentanilo es un opiáceo sintético, similar, pero mucho más potente que la morfina. Usualmente se usa para tratar a pacientes con fuertes dolores crónicos, pero el relacionado con las recientes muertes por sobredosis es producido en laboratorios clandestinos y mezclado con heroína o cocaína en forma de polvo. Así se incrementa su potencia, el nivel de adicción, y se abarata su costo.

La política contra las drogas no está funcionando. El combate no es atacar, sino educar a la gente en el consumo. Hay un estigma muy fuerte hacia los jóvenes y la gente que consume es criminalizada, así se inhibe la búsqueda de apoyo y atención médica. Nuestro hijo no sabía que estaba consumiendo esto. Él era pintor, un artista, y su existencia quedó trunca.

JENNIFER Y STEVE WOODSIDE, CANADÁ

He tenido muchas pérdidas por la guerra contra las drogas. En mi comunidad, la política antidrogas se enfoca en los pobres, en quienes ni tienen casa, esas son las comunidades atacadas por esa guerra y la consecuencia es más gente criminalizada. Se encarcela en mayoría a latinos y afroamericanos, para beneficiar a una industria privada en las prisiones. Es injusto que se haga esta criminalización, este racismo en nuestras comunidades, un círculo vicioso. En las vidas diarias ha crecido la presencia de las policías y eso hace más grande la división, la gente no cree en la policía y la policía no cree en la gente.

Quiero que la ONU sepa que la encarcelación no es la respuesta correcta al tema de drogas, sino que debe basarse en la compasión al ser humano, en la ciencia, en la salud pública.

ELIZABETH OLLINS, BROOKLYN, NY

Ese encuentro evidenció que la política prohibicionista contra las drogas ha dejado víctimas aquí y allá: las personas que mueren por sobredosis o por consumir drogas contaminadas debido a la falta de regulación y a la fabricación clandestina, las que mueren por falta de tratamientos, las que son desplazadas de sus territorios que se usan para la siembra, las que pierden su libertad por someterse al cultivo de enervantes, las que son asesinadas y desaparecidas en esa lucha por el control de tierras y rutas de tránsito, las que alimentan los pequeños ejércitos para el control de esas rutas, las que son encarceladas por consumo, o por producir, las que son recluidas en prisiones privadas, para hacernos creer que los gobernantes están cuidando la seguridad del país.

Los gobiernos de la región lanzaron una guerra diciendo que erradicarían la producción y el tráfico de drogas porque las drogas causaban muerte; sin embargo no se han erradicado y las muertes se han multiplicado; y las formas de morir se han diversificado. La política prohibicionista ha dejado más víctimas de las que el consumo de drogas en sí dejaría: en México entre 2007 y 2018 —desde que Felipe Calderón retomó la prohibición— 5,545 personas perdieron la vida por ingerir sustancias prohibidas y 278,771 fueron asesinadas de manera violenta.<sup>1</sup>

El Informe Mundial sobre las Drogas 2020 de la UNODC,<sup>2</sup> el último publicado sobre el tema, evidenció otras contradicciones de esta política prohibicionista que tiene 50 años asolando la vida de la región: es una política que castiga la pobreza. Los opioides farmacéuticos para usos médicos se concentran en países ricos: más de 90 por ciento de la disponibilidad mundial es para 10 por ciento de la población con más recursos. El informe también señaló que la pobreza, la educación limitada y la marginación social aumentan el riesgo de trastornos por el consumo de drogas y limitan la posibilidad de acceder a tratamientos por la discriminación y el estigma.

La política prohibicionista ha multiplicado las formas de morir y una guerra se pierde al norte y al sur del Río Bravo.

<sup>1</sup> Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi).

<sup>2</sup> [wdr.unodc.org](http://wdr.unodc.org)

## en mis zapatos

¡Juega *online* y descubre cuánto tiempo pasarás en prisión!

¿Qué sucede si te detienen con marihuana en la calle?  
¿Y si la policía sospecha que eres un *dealer*?  
Elige tu aventura, pero ten cuidado: aunque parezca un juego, el drama es real.



Durante meses, investigamos cómo se aplican las leyes de drogas en Argentina, Brasil, Colombia, México y Uruguay. Aunque en teoría la ley es igual para todos y todas, el trato policial y la aplicación de condenas, si eres hombre o mujer, cis o trans, migrante o no migrante, cambia. *En mis zapatos* es una invitación a ponerse en el lugar de las personas acusadas por distintos delitos relacionados con drogas y acompañar su derrotero.



#### LA VIDA COTIDIANA DE LOS CULTIVADORES DE AMAPOLA – CÉSAR RODRÍGUEZ – MÉXICO

En las montañas del estado de Guerrero se cultiva la amapola que luego se convertirá en heroína, pero la vida cotidiana allí no tiene nada que ver con el universo narco. Por los caminos de tierra no se ven camionetas 4x4 ni gente armada, no se escuchan balaceras ni se cuentan muertos. Los campesinos cosechan, rallan y venden las flores. Nadie se hace rico: lo que ganan apenas alcanza para sobrevivir.

## SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto

Secretaria de Cultura

Marina Núñez Bernalova

Subsecretaria de  
Desarrollo Cultural

Antonio Martínez

Director General de  
Comunicación Social y Vocero

## CENTRO DE LA IMAGEN

Johan Trujillo Argüelles

Directora de Área

## DPV/ LA GUERRA FALLIDA

Es un proyecto de

Fundación VIST

Claudi Carreras

Curador y Director

Jorge Panchoaga

Codirector

Sebastián Hacher

Director de Comunicación

Sebastián Ortega

Sebastián Hacher

Claudi Carreras

Investigación y textos

Vanina de Monte

Diseño

Santi Carneri

Cooperativa SUB

Alejandra Rajal

Nicolás Janowski

Johis Alarcón

Jorge Panchoaga

Charlie Cordero

Andrés Cardona

Sara Aliaga Ticona

Gena Steffens

Max Cabello

Bruno Morais

Carlos Villalón

César Rodríguez

Yael Martínez

Fotografías

Eduardo Ruiz Sosa

Héctor Abad Faciolince

Fernanda García Lao

Daniela Rea

Textos

El Surti

Liliana María López Villegas

Ilustraciones

El Surti + Dromómanos + VIST

Consumo Ilustrado

# D-P-V- LA GUERRA FALLIDA

DROGAS-POLÍTICAS-VIOLENCIAS

JUNIO-SEPTIEMBRE DE 2021

© 2021, Secretaría de Cultura/  
Centro de la Imagen

Centro de la Imagen  
Plaza de la Ciudadela 2

Centro Histórico, Cuauhtémoc  
06040 Ciudad de México, México

Tel. + 52 55 4155 0850

centrodelaimagen.cultura.gob.mx

 centrodelaimagen.mx

 @cimagen

 @cimagen

CUADERNILLO 014 | Edición Claudí Carreras Cuidado editorial Mónica Maorenzic Corrección de textos Yolanda Segura

Diseño Edgar A. Reyes Traducción Enrique Pérez Rosiles Cuidado de producción Pablo Zepeda Martínez

Un proyecto de:



Con la colaboración de:

Casa América  
Catalunya



Fundación / Taller /  
Premio / Festival / Centro /  
Gabo.

 CENTRO DE LA IMAGEN



GOBIERNO DE  
MÉXICO

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA